

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 2 **CONTRA VIENTO Y MAREA**



*En el acto apareció a su lado, temblando, pistola en la diestra...*

# CONTRA VIENTO Y MAREA

(Novela cinematográfica sobre motivos de la película del mismo título)

## SELECCIONES CINÉAS

### I

La sala de juego del elegante *cabaret* de alegres vividores estaba abarrotada del público distinguido y vicioso que le era habitual.

La ruleta funcionaba y... todos los ojos seguían ansiosamente aquella bolita que rebotando de unos números en otros iba marcando caprichosamente los rumbos de la fortuna.

—¡El once negro!—cantó el *croupier* interrumpiendo el sepulcral silencio que observaban los jugadores.

Roberto Garzón y Samuel O'Hara, dos muchachos tan sumamente jóvenes como simpáticos, se miraron con idéntico aire de consternación.

Ahora la ruleta les arrebataba los últimos dólares...

—¿Qué guarda tu cartera?—preguntó comicamente contristado Samuel a su inseparable amigo.

La extrajo del bolsillo y mostrándosela abierta a su camarada, le dijo:

—¿Ves lo que contiene? ¡Un poco de viento!

Samuel agitó entonces su portamonedas.

—¡Es increíble! ¡Pensar que no guardo en él un dólar, ni tan siquiera cinco centavos!

—Hémoslo sido absolutamente *pelados*, querido Samuel. No nos queda otro recurso que retirarnos con la oreja gachas—opinó Roberto.

—Y nos vamos a ir así, sin tomar el desquite, sin ver si emendamos esta gran crueldad de la suerte?—repuso Samuel O'Hara todo afligido—. Ya sabes lo capricho-

so que es la fortuna y es probable que si la requerimos de nuevo se porte bien con nosotros.

—Yo no puedo pedir dinero prestado en la caja... Tengo agotado el crédito. Pero tú... a Roberto Garzón no le niegan los *talvares* un fajo de billetes, si él solicita un préstamo.

—Yo no pido dinero prestado para jugar, Samuel—repuso con acento inflexible el joven.

—Te abochorna solicitar un favor así? Pues bien... se me ocurre otra solución. Ahí... en la corbata... tienes un gramo brillante. Ofrece esa alhaja en garantía y siempre te prestarán por ella trescientos o cuatrocientos dólares.

—Y con esa cantidad bien administrada, querido Roberto, hacemos saltar la banca esta noche.

—Este afiligr es un recuerdo de mi pobre madre, de aquella santa que si desde los altos cielos me ve ahora... se abochornará de que siguiendo la vida ociosa que es común a todo rico heredero haya podido rodar por estos abismos del juego... del juego, sí, funesta pasión, que ha sido y es la ruina de tantos hombres honrados!

—Cuando ella, mi madre ahora, me entregó este afiligr, me dijo: *No te desprendas de él mientras una gran necesidad no te obligue a ello*. ¡Y voy a dejar yo una alhaja santa como ésta, en la caja maldita de un ruin jugador de oficio? No, Samuel; no me pidas una cosa así porque no puedo ni siquiera oírte—acabó diciendo Roberto Garzón, pasándose su pálida y nervuda diestra por la frente.

—¡Sociégate, hombre! ¡Tampoco será menester que te despren-

das de esa joya tan querida! Mira quién acaba de entrar: mister Huttington, ese excéntrico millonario que detesta el oro y al que su neurastenia le ha imbuido la manía de empobrecerse a toda costa.

«Como tanto desea desprenderse de su dinero, nunca me niega un billete... ¡Está tan seguro que no se lo he de devolver nunca! Es al contrario de todas las prestamistas. Sólo entrega su dinero a quien presume que no se lo ha de restituir. ¡Fíjate qué cartera desbordante de billetes grandes sostiene en las manos! ¡Mira! ¡Acaba de ganar una gruesa suma y fíjate qué cara pone! Cualquiera diría que le acaban de sacar una muela. Claro: todo su afán es perder y... ¡gana siempre! Lo contrario de los que nos ocurre a nosotros...

«¡Ha ganado! ¡Qué oportunidad magnífica para pedirle quinientos dólares! ¡Voy corriendo! Gracias a esta feliz contingencia tendremos los dos dinero abundante.

—¡No! Tú no le pides nada a ese hombre... al menos para mí.

—Le replico Roberto Garzón, agarrándole por un brazo.

—¿Estás en tu juicio? ¿Pueder una tan excelente ocasión de poder obtener dinero, a tan poco precio?

—Le replico su amigo Samuel O'Hara, todo admirado.

—Oye lo que voy a decirte, Samuel. Esta tarde, antes de pisar la sala de juego, me propuse a mí mismo que si perdía fuese la última vez que me acercase al tapete verde... y estoy dispuesto a cumplir ese propósito.

—¿Vas a renunciar a las inefables emociones de la ruleta? — le replico Samuel. — ¿Será posible que hables en serio?

—Completamente en serio. He perdido el postrer dinero que me quedaba de mi despilarrado patrimonio, pero... también será el último que sacrifique a este vicio funesto...

«Estoy dispuesto a redimirme, a

dignificar mediante el trabajo mi vida ociosa y sin objeto.

«Conque si quisieras acompañarme en el cumplimiento de esta inquebrantable resolución, ya lo sabes, Samuel.

—Yo soy tu amigo inseparable, Roberto — repuso el gordiflón y buenazo de Samuel O'Hara—. ¿Que tú te has arrepentido de jugar? Pues... a mí no me queda otro recurso que asimismo arrepentirme...

«Incluso encuentro que tienes razón al decir que no debemos continuar siendo dos seres inútiles, que debemos ganarnos la vida por nosotros mismos... Pero... ¿en qué podremos trabajar? Además, te lo digo francamente, Roberto, a mí me daría mucha vergüenza que nuestros amigos de San Francisco me viesen transformado en un pobreton...

—Tengo un proyecto, Samuel. El Oeste no está lejto. Abandonaremos la ciudad para trasladarnos a la pradera. ¿No se montar a caballo, domar un potro como el mejor vaquero, enlazar a un novillo por los cuernos, cosas todas que aprendí cuando chiquillo en las haciendas de mi familia? Pues bien, sacaré el jugo a todos esos conocimientos.

—Tú, sí. Pero... ¿y yo, querido Roberto?

—¿Es que no sabes montar a caballo, tirar el lazo y derribar un buey?

—Lo sé... desde luego que lo sé... pero... ¿y lo gordo que estoy? ¿Es que tú has visto nunca un *cow-boy* de mis carnes?

—Adelgazaría, Samuel! La vida del campo y el ejercicio físico continuo son los mayores enemigos de la obesidad.

—¿Así, pues, deberé acompañarte al Oeste?

—Si te pela, ¿por qué no? Pero si quieres venir conmigo me has de dar tu palabra de honor que, antes de que sea transcurrido un año, no



mentaría siquiera el regreso a San Francisco... que aceptaría contra viento y marea la lucha y las privaciones que nuestra nueva vida nos imponga para recuperarnos cumplidamente de nuestra actual existencia de holganza y disipación. ¿Palabra de honor, Samuel?

—¡Palabra de honor, muchacho! Yo no sé lo que pueda esperarme en el Oeste, mas, ¿no va al caldero donde va la sopa? Pues bien, ¿adónde puedo ir yo sino adonde vayan tú?

«Pero... se me ocurre una duda. ¿De dónde sacaremos el dinero preciso para hacer ese traslado?»

—¡Del alfiler de brillantes! —repuso Roberto con la voz levemente alterada por la emoción que en aquellos momentos sentía—. Me lo dió mi santa madre con la sola condición de que me desprendiese de él sólo en un caso de gran necesidad.

«Pues bien... ¡ha llegado éste! No tengo un solo dólar y tengo la precisión de rehacer mi vida. ¡En ninguna ocasión más adecuada puedo disponer de los brillantes de mamá!»

Y tras desprenderse el querido alfiler de su corbata de seda, con el pañuelo se hubo de enjugar una lágrima de fuego.

Un momento después los dos jóvenes, entusiasmosos y pensativos, cruzaban la sala de baile del *cabaret* donde la orquesta de *jazz-band* lanzaba infatigable estruendosas melodías.

## II

—Y bien... ya estamos en el Far-West, en pleno Oeste, adonde tanto afán sentías de trasladarte, querido Roberto —exclamó con aire de reconvencción Samuel, dirigiéndose a su amigo—. Hemos corrido de la Coca a la Meca y, ¿qué hemos alcanzado hasta ahora, muchacho?

—Es cierto, nada hemos logrado

—repuso todo caviloso Roberto Garsón.

Se hallaban los dos amigos sentados en un ribazo a la sombra de un sicómoro que extendía sus ramas frondosas resguardando las cabezas de los dos jóvenes del arribole sol que resplandecía en el horizonte.

A pocos pasos de ellos pastaban los caballos, pues el primer cordado que tuvo Roberto apenas abandonó el tren que les dejara al pie del Far-West, fué adquirir dos ligeras cabalgaduras, una para él, otra para su amigo.

Jinetes en sus potros respectivos, habían galopado leguas y más leguas, presentándose en ranchos y haciendas donde se ofrecían en demanda de aceptar cualquier trabajo.

Pero... el aire asenioritado de ambos jóvenes, sus enclaustradas manos, donde el trabajo aún no había puesto sus callos ruderosos, daban por consecuencia el que no quisiesen admitirlos en ninguna parte.

Entretanto los dos amigos habían ido consumiendo los pocos dólares que les restaban después de satisfacer los gastos del viaje y la compra de sus monturas, y he aquí que en el momento en que volvieron a encontrarlos, celebraban trascendental consejo. De nuevo estaban sin un centavo y ahora... en pleno Oeste, donde no les era posible improvisar recursos ni, tampoco, recurrir a ningún conocido.

—¿Qué te parece que debemos hacer, Roberto?

—Seguir siempre adelante.

—¿Y si retrocediésemos? Es fácil que en la ciudad pudiésemos desenvolvernos mejor.

—¡Olvidas, Samuel, tu juramento, tu formal promesa?

—Desde luego que no... Pero... amigo mío, fíjate en mí... ¡Ya no sé cuántos nuevos agujeros le he torcido que hacer al cinturón! Adelgazo a ojos vistas.

—¿Y eso qué importa? —le repli-

có Roberto—. ¿No le fatigaba antes montar a caballo a causa de tus carnes? Pues... ¡alegrate, porque las pierdes.

—Me alegraría si las perdiese en un balneario, pongo por ejemplo... en cualquier sitio donde pudiese comer y divertirme. Pero aquí... en plena pradera... y a fuerza de pasar un hambre canina que me tiene sin alientos... que me va a malar a fuerza de bostezos.

—Y a propósito, Roberto, ¿sabes cuántas horas llevamos sin comer?

—¿Tenemos reloj acaso para calcularlo bien?

—¡Oh, yo no necesito reloj de bolsillo para calcularlo! Yo llevo un reloj... en las tripas, que no cesa de marcar, aunque en balde, la hora de comer...

—Mas de dos días hace que no tomo un bocado. Y a propósito, Roberto, ¿no has oído decir tú que los *bistechs* de «balle» los gustan mucho a los franceses?

—¿Por qué me lo preguntas?

—¡Toma! ¿No tenemos dos potros que están diciendo comedme?

—¿Será posible que hables en serio?

—¡Toma! Poseemos dos caballos, ¿no es así? Pues bien, conserva tú el tuyo. Yo soy tan generoso que no tengo inconveniente en sacrificar el mío. Asado estará delicioso.

—¿Tú quieres comer carne? Vayamos en busca de una manada de búfalos. Con una sola pieza que cobremos obtendremos carne abundante.

—¡Oh, no, Roberto! La caza del búfalo me inspira un pavor extraordinario... Si la manada nos arroja, ¡pobres de nuestros huesos!

—Siendo tan orbarle como tú lo eres, Samuel, ni se come ni se va a ninguna parte.

—El caso es, Roberto que... con todo lo valiente que tú eres, tampoco comes. Además, sabe Dios las leguas que será menester correr para poder dar con esos *apreciables* búfalos, para ver si se dejan cazar.

—Pues hay que internarse más y más en esta región... ir hacia los grandes lagos.

—¿Y los indios? ¿Y las fieras? ¿Y si en vez de comer nosotros, resulta que somos comidos?

—Allá se verá. Ahora, a nuestras montañas. Solo podemos salir de este atoladero llegando a las últimas consecuencias de nuestra aventura.

Y ágil y arrogante Roberto Garzón montó a caballo. Aunque de mala gana siguió su ejemplo O'Hare, a quien el ayuno prolongado que sostenía lo había hecho adelgazar de modo increíble.

Nuevamente galopaban... internándose más y más en el Oeste, que a Samuel se le antojaba iba a ser su verde sepultura.

De improviso el gordo venido a menos detenía bruscamente su montura mientras poníase a olfatear con las narices dilatadas, como un podenco.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Roberto con extrañeza, deteniéndose a su vez.

—¿Será posible que no lo adviertes?—le replicó Samuel alargando la nariz como su trompa el elefante.—¿No percibes un rico, un fantástico olor a estofado?

—¿Oler a estofado en un descachapado como éste?—opuso Roberto—. El apetito te hace delirar, amigo mío.

—¿Nada de delirios! ¿De qué me serviría tener la nariz tan grande si no oliese con ella bastante más que todos los chutos?

—¡Oh, ya sé de dónde debe provenir tan enloquecedor aroma! ¿ves aquel grupo de árboles en ese pequeño valle que desde aquí se divisa? A buen seguro que oculta alguna vivienda humana. ¡Naturalmente que sí!—añadió con acento de triunfo.—¿No adviertes asimismo esa delgada columna de humo que se pierde en el espacio?

—Encaminémonos hacia donde

pueden hallarse nuestros inesperados salvadores.

Y sin esperar la contestación de su amigo, Samuel picó espuelas, siguiéndole Roberto.

Era cierto; más allá de aquel bosquecillo advertíase un pequeño rancho.

Samuel y Roberto desmontaron y llegaron hasta la empalizada cuya rústica cancela por cierto hallábase abierta.

De esta guisa, sin que nadie los cortara el paso llegaron hasta una modesta vivienda de reducidas dimensiones.

Samuel fué el primero en acercarse a los cristales de una ventana.

El espectáculo que descubrieron sus ojos causó tal impresión en el desmejorado Samuel, que, de no agarrarse con ambas manos a la reja, hubiese caído al suelo.

¿Qué ocurría allí dentro? ¿Por acaso se estaba cometiendo un crimen? ¿Se trataba de una espeluznante escena?

Roberto se acercó entonces y pudo advertir a una bellísima muchacha que sobre blanca mantel colocaba una fuente que contenía doradas palmas y algunos trozos de carne. ¡Era sencillamente el estofado que a larga distancia llegó a ofuscar la envidiable nariz de nuestro amigo Samuel!

Prorrumpió esto en tan descomunal bostezo que, lo que hasta entonces no había ocurrido, atrajo la atención de la muchacha habitadora de aquella rústica casita.

Alicia Warner, una preciosa morena de ojos de azabache, al alzar éstos y posarlos en Samuel, no pudo por menos que lanzar una alegre carcajada.

La joven avanzó resueltamente hacia la ventana. Roberto se hizo atrás avergonzado, pero Samuel ni se movió siquiera.

—¿Le gusta mi comida? — preguntó Alicia sonriente.

—¡Ay, señorita! — balbuceó el

gordo—. ¡Usted es preciosa! ¡lo reconozco! pero ese plato humeante es... algo divino. Debe estar tan... delicioso... aunque no sea más que porque lo han condimentado sus manos angelicales...

—Pues si tanto le seduce ese modesto guiso, puede usted probarlo sin reparo alguno.

—¿De veras? — repuso extasiado Samuel—. Lo de los ángeles sobre la tierra no es una fábula; precisamente... usted es uno de ellos...

¡Oh, qué bella obra de misericordia va a llevar a efecto, linda joven!... Dar de comer al hambriento... esto vale por una entrada de preferencia en la gloria.

Alicia Warner abrió en aquel mismo momento la puerta de su sencilla y limpia morada. La joven vivía sola en aquel destierro. La muerte de su padre, recientemente acaecida, la había puesto al frente de la administración de sus modestos intereses.

Samuel penetró como un huracán en la casita, ganoso de acercarse cuanto antes a la mesa.

La bella muchacha fijó entonces sus negros ojos con simpatía y curiosidad en Roberto.

—¿Qué hace usted—le dijo—que no sigue el ejemplo de su amigo? Páese usted. Han llegado a tiempo y... tengo el gusto de invitarlos a comer.

—Gracias, señorita. Muchísimas gracias.

Y Roberto penetró en la vivienda.

—Con su permiso—exclamó Samuel, sentándose en una silla ante la mesa y devorando la comida con los ojos—. Cuando usted quiera, señorita, podemos empezar. A mí me gusta el estofado muy caliente; ¿sabe usted?

—Pero... es que vas a ser capaz de comerlo el almuerzo de esta joven?—le preguntó ceñudo, amenazador, Roberto.

—Comeremos los tres. Habrá para todos. Tengo algunas provisiones de reserva y pueden comer us-



tedes sin que ayune ya—dició Alicia.

—Repito que es usted un ángel—repuso Samuel—. Con su permiso, voy a comerme este tarugo de pan mientras usted pone los cubiertos y distribuye las raciones.

Y con aquel trozo de pan blanco el gordo la emprendió a furiosas dentelladas.

En este momento alguien llamó a la puerta de entrada.

Alicia se apresuró a abrir y en el umbral apareció Guillermo Skinner, el usurero de Crestina, el pueblo próximo donde realizaban sus negocios los granjeros de la comarca. Skinner era un sujeto cincuentón, con rostro de buitre.

—¿Qué se le ofrece, mister Guillermo?

El usurero clavó una mirada de desagrado en los dos amigos que por su parte lo miraron expectantes, sobre todo Samuel, que sintió el temor de que la presencia de aquel intruso viniese a menar el sucialento banquete que pensaba darse.

—Deseo hablar con usted a solas unas palabras, señorita Alicia.

Ella cerró entonces la puerta y se quedó afuera.

De este modo sus impensados visitantes, aquellos simpáticos muchachos nada podían oír de lo que debería decirle el repulsivo usurero.

Este, entonces sacó de su bolsillo la cartera y extrajo de esta un pagaré poniéndolo ante la vista de la muchacha.

—¿Qué significa este papel, señor Skinner?

—Significa... que su difunto padre me adeudaba dos mil dólares.

—Esto es precisamente lo que no acabo de comprender. Mi pobre padre me comunicaba todos sus actos... y nunca nada me habló de semejante deuda.

—Pues vea usted que la firma de su padre está avalada por la de dos testigos.

Y haciendo el usurero una seña

a alguien en quien Alicia no había reparado hasta entonces, vio acercarse a dos sujetos malcarados.

—He aquí a Arturo Sett y a Marcelo Van Vian—dijo el prestamista—que fueron testigos de la operación.

—Y... ¿quiénes son estos hombres?

—Son dos pequeños propietarios de un rancho algo distante, pobres, pero honrados.

—¿Ustedes vieron a mi padre contratar ese préstamo?—preguntó con angustia la huérfana.

—Sí, señorita—contestaron a una los tales individuos con traza de bribones.

—Queda usted, pues, enterada de la obligación en que se halla de pagarme esos dos mil dólares. Le doy veinticuatro horas de tiempo para abonármelos. De lo contrario acudiré con el *sherif* para que se me adjudique en pago de la deuda esta casa y cuanto sea de su propiedad, hasta completar esa suma.

Y el viejo usurero dio media vuelta seguido por aquellos dos sospechosos sujetos que aseguraban haber sido testigos del préstamo contratado por el difunto padre de la joven.

Entró ésta en su hogar harto triste y cariacontecida.

—¿Qué hacen que no comen?—les reprochó a los dos amigos esforzándose en vano por sonreír.

—La estábamos esperando a usted.

—¡Oh, yo no puedo acompañarles a la mesa!

—Por qué?

—Se me ha quitado de repente el apetito.

—¿Acaba usted de recibir alguna mala noticia?—le preguntó con afectuosos intereses Roberto Garzón.

Alicia miró a su joven interlocutor a los ojos. La mirada de Roberto dolataba nobleza; seguramente se trataba de un corazón leal al que poder confiar su tribulación.

Con frases entrecortadas por las



... fueron conducidos a Cressline...

## CONTRA VIENTO Y MAREA

Interpretación del  
célebre cowboy

Leo Maloney

y los grandes artistas

Mack-Dowell

Josephine Hil

y  
Al. Hart

SELECCIONES  
CINÉ

Gran Vía Layetana, 53

BARCELONA



... rueda y brava polca con su caroleru



Roberto y Alicia se amaban  
tiernamente...

sollones les reflejó lo que acababa  
de sucederle. El más temido usu-  
rero de la comarca acababa de pre-  
sentarle un pasare. ¡A dos mil dó-  
lares ascendía! Ni reuniendo todo  
cuanto poseía, podía cubrir Alicia  
aquella suma.



Roberto García



Alicia Warner



... la orquesta del jazz band lanza-  
ba inoligable...

—Y... ¿está usted segura de que  
la firma que figura en ese docu-  
mento sea la auténtica de su padre  
y que no haya sido contrahuida por  
cualquier bribón? —le preguntó Ro-  
berto. Y añadió: — Lo digo, seña-  
rita, porque... el aspecto de ese



hombre que llamó a su puerta no me tranquilizó del todo...

«Observé discretamente tras la vidriera de la ventana por si usted pudiese necesitar de nuestra ayuda. Ello me dio ocasión de ver a los dos sujetos que acompañaban al prestamista.

«Los conozco y sé de qué clase de pájaros se trata. Son dos granujas... dos jugadores de oficio... recientemente expulsados de San Francisco por fulleros.

—¿Está usted seguro, señor...?

—Roberto Garzón, para servirle, y mi amigo Samuel O'Hara.

—Para servirle —repuso el gordiflón adelgazado poniéndose en pie y saludando con cierta cómica reverencia de su invención exclusiva—. Y... ¿cuál es su gracia, encantadora amiga?

—Alicia... Alicia Warner.

—Ahora que estamos presentados... presentados después de habernos invitado usted a comer... yo le digo que no debe dejarse engañar por ese usurero.

—Falso o legítimo el pagaré, mister Skinner se las arreglará de modo que consiga despojarme de la pequeña herencia de mi padre. Le conozco.

—(Oh, acaso eso lo consiguiera si no estuviésemos aquí nosotros para velar por usted! —observó Garzón.

—Ha dicho bien Roberto! —exclamó pavoneándose Samuel—. Nosotros velaremos por usted.

—Sabremos salvarle de esta situación difícil.

—Pero... con una condición —resolvió Samuel—. La de que ahora la señorita Alicia se siente a la mesa y coma con nosotros, porque... ¿sabe qué falléxco de hambre?

Alicia Warner sintió que la esperanza renacía en su acorralado espíritu.

Roberto había prometido sacarla de aquel duro trance con un extraño acento de seguridad, de hombre templado que no promete en balde.

Se sentó a la mesa, pues, y acabó hasta por soltar la carcajada viendo como devoraba aquel tragaldabas de Samuel O'Hara, que siempre repetía de todo lo que le ponían por delante.

Al terminar de comer Alicia les ofreció un cigarro puro.

—Son de una caja de habanos que dejó intacta mi pobre padre.

Samuel se arrellanó en una butaca dispuesto a hacer la digestión como un sábarita.

Pero... la diestra nervuda de Roberto Garzón lo levantó panto menos que en vilo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —protestó el gordiflón.

—¿Crees que sea esta la hora de reposar? ¿No sabes que un plazo de veinticuatro horas expira rápidamente? Hemos de trasladarnos a Crestline sin pérdida de tiempo.

—¿Qué es lo que se propone usted intentar, Roberto? —le preguntó la hermosa muchacha.

El joven *cow-boy* se apoderó de una mano de la bella criatura y le respondió con acento apasionado:

—Por usted, Alicia, soy yo capaz de intentarlo todo... hasta de juntar el cielo con la tierra... Ahora sólo le pido que confíe usted en nosotros.

—¿Regresarán pronto?

—Así lo espero.

Un momento después los dos hombres partían a caballo.

Poco más tarde los dos jóvenes dejaban amarradas sus monturas al pie de la casa del usurero.

—¿Qué desean ustedes? —les preguntó éste a través de la mirilla, con desconfianza.

—Venimos a... —repuso Samuel O'Hara—venimos a contratar un préstamo.

—Ah, vamos!

Y ya más confiado, el usurero descorrió la llave que con doble vuelta aseguraba la cerradura.

Introdujo a los dos jóvenes en un sótano despachado.

—¿Es muy importante el préstamo?

mo que usted desea?—le preguntó a Samuel mirándole atentamente a través de los cristales de sus gafas.

—Alrededor de... alrededor de... cinco dólares.

—¡Oh, imposible!—le contestó con sorna—. Yo no presto cantidades tan pequeñas.

—Pues bien, señor, présteme usted diez dólares—concluyó Samuel.

—¿Y con qué garantías? Aún no me ha mostrado usted ni siquiera una mala alhaja a responder del préstamo. ¿Es que tiene usted los bolsillos vacíos? Y... ¿será que le voy a prestar dinero sin garantía? Si han venido a divertirse a mi casa, ya están yéndose de ella enhorramala.

—No será así sin que usted nos entregue cierto papel—dijo entonces Roberto, que hasta aquel instante había permanecido silencioso.

—Un... papel?

—Un pagaré que le ha presentado al cobro a la señorita Alicia.

—¿Es que tratan ustedes de arrebatárnoslo? ¿Me obligarán a que llamo a la policía?

—¿Prefiere usted que la llamemos nosotros?—le preguntó Fleming y resuelto Roberto Garzón—. Ese pagaré no es otra cosa que una hábil falsificación... y esos testigos mal pudieron serlo de un préstamo contratado hace tres meses, por que... en esa fecha Brook y Harrison, que son los verdaderos apellidos de los falsos testigos de que usted ha echado mano, se encontraban en San Francisco, eran pagadores de oficio y de allí han sido expulsados recientemente por fullos.

El usurero se había tornado livido. Miraba de hito en hito con franco terror a los dos jóvenes. Sabía que lo dicho por Roberto era la verdad estricta.

¿Se trataría de dos policías disfrazados? Skinner, como todos los granujas de su laya, era más cobarde que una rata.

—Decídase—le conminó Roberto

amenazadoramente—. Vea qué le conviene más, si devolver ese infame papel o que le arrastremos a presencia del *sherif*.

Y diciendo así Roberto le encañonaba con su revólver.

Con mano temblorosa abrió el prestamista una caja de caudales.

Sacó dos billetes de cincuenta dólares y se los ofreció a los jóvenes, diciéndoles:

—Para vosotros. ¿Me dejaréis en paz después de este regalito?

—¡Guárdese usted su dinero!—bramó Roberto—. Lo que tiene que entregarnos es el falso pagaré con el cual pensaba sacrificar a Alicia Warner.

El usurero tras exhalar un suspiro capaz de rasgar en dos aquella arca de hierro, alargó todo tembloroso el pagaré a Roberto, que el joven se apresuró a guardarse.

Entretanto Samuel se embolsaba tranquilamente los dos billetes de Banco que antes pusiera a un alcance el usurero.

—Ha dicho que eran para nosotros... y a mí no me gusta desairar a nadie.

Roberto ni siquiera puso atención en lo que hacía su amigo.

Una alegría como jamás había sentido se desbordaba de su corazón.

Poder regresar al lado de Alicia con aquel papel y decirle: «Queda usted libre de cuidados.» Y que después, tras que ella rompiese el pagaré con sus preciosas manos, cubrir éstas de besos y... deslizar tímidamente a su oído una solicitud de amor...

Porque un vivo anhelo de cariño se había despertado en Roberto desde que lo miraran con sostenida atención los inolvidables ojos negros de Alicia Warner.

Habían abandonado Crestina y galopaban Samuel y Roberto con el afán de salvar cuanto antes los kilómetros que les separaban de la casa de Alicia, la preciosa huérfana, cuando Samuel llamó la aten-

ción de su camarada, que permanecía abstraído pensando en la que ya adoraba en secreto.

—¿Ves esa gran polvareda? Parece una tropa más que regular de jinetes. Mira, Roberto, que si fuese Flammer, el feraz bandido de la pradera, con su gente...

—¡Oh! ¿Y eso te inquieta? ¿Qué podrán robarnos?



*El sherif después que se le registran...*

Pero rectificó al punto Roberto, recordando aquel pagaré que tan celosamente guardaba en la cartera contra su corazón, pensando que si caía en manos de unos bandidos podrían hacer ésto del tal papel uso análogo al intentado por el asesino.

Requirió el joven caballista unos pequeños zancos que llevaba consigo y, en efecto, acertó a divisar entre la polvareda levantada a unos jinetes de aspecto pavoroso.

Indudablemente, se trataba de Flammer y sus bandidos!

Pegó espuelas al potro, haciendo le bruscamente cambiar de dirección. Samuel ya había hecho otro tanto, acuciado por el pavoroso miedo que sintiendo estaba.

Los bandidos se dieron cuenta de que alguien trataba de ponerse fuera de su alcance y lanzaron sus caballos contra los que huían, disparando repetidamente sus pistolas.

Roberto, en cambio, siempre va-

leroso, respondía dignamente al fuego granendo de los bandidos disparando contra ellos una tras otra las cápsulas todas de su revólver.

Por fortuna era considerable la delantera que Samuel y Roberto llevaban a los malhechores y éstos, tras algún tiempo de persecución incesante, renunciaron a darles caza.

Sobre todo Samuel se había perdido de vista. Acuciado por su terror, no cesó de espolear a su ligero potro y ni por asomo se le ocurrió perder tiempo en volverse a disparar contra los que les acosaban.

Cuando cesó la persecución de los bandidos, advirtió Roberto que su amigo había desaparecido.

Lo llamo, pero fué en vano. Entonces determinó desandar lo galopado para marchar de nuevo hacia aquella casita de la pradera donde habitaba la mujer cuyo recuerdo frágil no podía borrarse de su pensamiento.

Lo que sí lamentaba era el tiempo que había perdido por culpa de un fatal encuentro con la cuadrilla de Flammer.

Y lo lamentaba porque estaba ansioso de volver a mirarse en los ojos de Alicia y de darle el alegón de poner en sus manos de nácar el rescatado pagaré.

Cuando aún lo separaban aproximadamente unos dos kilómetros de la morada de la bella huérfana, se encontró de pronto frente a frente de la hermosa Alicia, que montaba una soberbia yegua.

La joven había decidido trasladarse a Cresline, inquieta por la suerte que hubiese podido correr Roberto.

En el apretón de manos que se dieron vibró también el latido con que se saludaban sus corazones.

Tampoco le era indiferente Roberto a Alicia Warner.

—Triunfa en lo que me propusiste —le dijo alegremente el joven—. He



vió al proclamista y no le quedó otro remedio que entregarse el pagar falsificado.

—¿Es posible?

—Sí, Alicia. Abandone usted toda inquietud. Está usted salvada.

—No tan pronto, amiguito! —dijo entonces una voz a su espalda.

Era Brook, que usaba falsamente el nombre de Arturo Setti, el repulsivo tahur, que acababa de salir tras de unos matorrales y que lo amenazaba con una pistola. En el acto apareció a su lado, también pistola en la diestra, su digno compañero Harrison, quien en aquella comarca se hacía llamar Marcelo Van-Vian.

—¡Alto ahí! —gritó éste—. Has asesinado a Skinner, y justo es que pagues tu culpa. ¿Oyes? —añadió refiriéndose a la galopada de algunos caballos cuyo ruido comenzaba a sentirse—. Es el *sherif*, que viene a prenderte, ruin saltador y asesino.

—¿Yo, saltador, y asesino? —bramó el joven.

Entretanto Alicia seguía con angustia que no es para describir, la terrible escena.

¿Qué podía hacer por el hombre amado? ¡Oh! Nada era posible. Estaban entrambos por igual amenazados por aquellos fúnebres, que no desviaban de ellos sus armas.

—¿Decís que ha muerto el usurero? —preguntó Roberto con perfecta calma—. Pues bien; no hay que preguntar quién lo ha asesinado. Por fuerza habéis sido vosotros.

—¿Nosotros? —rugió Brook.

—Sí, y yo he de desenmascararos.

Entretanto el *sherif* llegaba seguido de sus acompañantes, todos ellos armados hasta los dientes.

El *sherif*, un viejo de venerables barbas blancas, fijó una mirada inquisitiva en los dos tahures.

—Es este hombre el que vosotros acusáis como autor del crimen?

—Sí.

—¡Date preso! —ordenó el *sherif* a Roberto con voz tonante.

—¡Soy en absoluto inocente del delito que me achacan estos dos bribones! —replicó con toda nobleza el joven.

—¡Date preso, en nombre de la ley, repito!

—¡Oh! ¿Por qué van a detenerle si él nada ha hecho? —protestó Alicia.

—El cometió ese delito para impedir que Alicia perdiera la dote con que este ambicioso sueña, ya que por lo visto pretende ser su esposo. He aquí lo que le indujo a presentarse en casa de Skinner. Para quitarle el pagar le arrebató la vida primero—alegó Brook con sereno desparpajo.

—Y si dudáis, *sherif*, de nuestras manifestaciones, haced que lo registren.

—¡No es preciso! —exclamó Roberto—. Aquí está el pagar falsificado por uno de vosotros.

Y con digno ademán que impresionó al *sherif*, le alargó aquella hoja de papel que estaba a punto de acarrearle su perdición.

—¿Hasta esta prueba? —indagó Brook con una sonrisa de triunfo.

—Basta y sobra—decidió el *sherif*—para que ese hombre debidamente amañado sea conducido a la cárcel de Cressline.

Y acercándose a los dos tahures mientras dos de sus hombres cumplimentaban el encargo de maniatar a Roberto, les estrechó la mano y les dijo:

—Habéis prestado un relevante servicio a la justicia y aún debéis prestarle otro. A Alicia Warner no puedo encarcelarla porque contra ella no hay pruebas aún. Pero por si acaso de ollerías diligencias se pudiese deducir su complicidad, bien estará que quede sometida desde ahora a estrecha y rigurosa vigilancia.

«Os nombro a vosotros sus guardianes y no os separaréis de ella

mientras yo no dé órdenes en contrario. De esta forma os haréis acreedores en un todo a la recompensa que por la captura de este criminal—y señaló a Roberto—estoy dispuesto a otorgaros y que consistirá precisamente en los dos mil dólares importe del pagaré que ha originado el delito.

A los dos tiburones les brillaron de alegría los ojos.

—¿Está usted ciego que va a poner bajo la salvaguardia de esos ranallas a la señorita Alicia?—interpeló airado Roberto al *sherif*.

—A usted le toca solamente callar y seguir a sus custodios.—Le replicó asperamente el interpelado.

En este momento, inoportuno siempre, se presentó el gordo Samuel.

El joven se quedó hoquibierlo al ver la extraña y terrible suerte que estaba corriendo su amigo.

¡Roberto amanillado! ¡Roberto entre unos hombres que lo guardaban ríde en mano!

—¿Qué significa esto, señor *sherif*?—preguntó dirigiéndose cortésmente a la primera autoridad de la comarca.

—¡He aquí al cómplice del asesino!—arguyó triunfalmente Brook que se relamía de gusto.

—Yo? ¿Yo cómplice? ¿De qué?—Se echó Brook, y seguramente que no faltara sobre su persona alguna prueba de convicción.

El *sherif* dispuso que se le registrase, sin atender a las protestas que contra tal medida formulaba Samuel.

Le hallaron encima dos billetes de Banco, de cincuenta dólares cada uno.

—Son de Skinner, a buen seguro!—exclamó entonces el otro tibur.

—El rasgo del dinero robado lo habrá ocultado en cualquier escondrijo...

—Explique usted—le exigió amenazadoramente el *sherif*—la procedencia de este dinero!

—¡Me ha sido regalado!

—¿Y quién fue el manirroto, el dadivoso, que le obsequió a usted con la fantástica suma de cien dólares?

—El usurero de Cresline...

—¿No va usted a hacer creer que el señor Skinner, que no daba siquiera los buenos días por no gastar saliva—bramó iracundo el *sherif*—le regaló a usted estos dos billetes? ¿En lo sucesivo absténgase de mentir o hágalo con más habilidad! ¿Ea, muchachos, amanillad también a este granaña!

—¡Amanillarme a mí?

—¡Ya lo creo! Y ahora, ¡andando!

Antes de separarse definitivamente, sin que nadie pudiese avilarlo, Alicia Warner rodeó con sus mórbidos brazos al cuello de Roberto.

Un beso de desgarradora despedida selló las bocas de los que se amaban.

Momentos después caminaban en diversas direcciones.

Roberto y el gordo Samuel, al que se le saltaban las lágrimas, hacia la cárcel de Cresline.

Alicia hacia su casa, bajo la fálax custodia de los beribones a cuya estrecha vigilancia se veía sometida.

Roberto y Samuel fueron encerrados en calabozos distintos.

Nadie atendió sus vehementes protestas de inocencia.

No es para decirlo la desesperación de Roberto. Tras de la puerta de su encierro se revolvía con la furia de un león enjaulado.

### III

Para ponerse a cubierto de todo intento de evasión por parte de Alicia, sus miserables guardianes la habían encerrado con llave en su habitación.

Logo, hallándose con la grata sorpresa de que en la despensa había guardadas algunas botellas de licor, los dos tiburones complaci-

distintos se entregaron a beber, con el desenfado e incontinencia de los borrachos habituales.

La fuerte bebida espírituousa los emboteció.

De pronto Brook preguntó a su compinche:

—¿Has observado que Alicia es una chiquilla preciosa?

—¡Oh, sí!—murmuró el otro canalla, chasqueando la lengua ponderativamente—. ¡Es guapa, muy guapa!

—¡Pues he pensado que sea para mí! Yo he dirigido esta operación y...

—¡Alto ahí! Tanto derecho tengo yo como tú a los encantos de esa joven—opuso Harrison.

—¿No te avientes a cedérmela?

—¡No! Si quieres nos la disputamos cuchillo en mano.—repuso el bandido mirando torvamente a su compañero—. Del que quede con vida de aquel será.

—¿Y si nos la jugaríamos a una partida de dados? ¿Qué te parece?—repuso Brook extrayendo de uno de sus bolsillos el dado y el cubilete.

—¡Vamos a ello!—repuso Harrison, jugador empedernido.

Brook, fallero extraordinario, no cesaba de contar tantos a su favor. Manejaba el cubilete con la habilidad de un prestidigitador.

De pronto su compañero juzgó haberle cogido en flagrante trampa: sacando un cuchillo con la agilidad de un matachín y con terrible furia le atravesó la mano con la larga hoja de acero, dejándosela clavada al tablero de roble de la mesa, donde se incurrió el cuchillo como si lo hubiesen clavado a martillazos.

—¡Ahora, trapisoso del demonio, esa muchacha va a ser para mí!—aseguró Harrison, mientras Brook prorrumpió en un alarido que no tenía nada de humano.

El canalla, sacándose tranquilamente del bolsillo el revólver y la

llave del cuarto de Alicia, abandonó la habitación.

Un momento después el repugnante berracho franqueaba el umbral del aposento de la preciosa joven.

#### IV

Un hombre se asomó a la ventana. A la luz de la lámpara que alumbraba aquel aposento vio a Brook con la mano clavada al tablero de la mesa.

Aquel hombre era... ¡Roberto! ¡Roberto que acababa de fugarse de la cárcel!

De un puñetazo rompió un vidrio y un momento después saltaba dentro de la habitación.

—¡Socorro!—demandó Brook, el coraje taluz, con los ojos desorbitados de espanto.

Por toda respuesta Roberto le ofreció con un revólver.

—Dime al punto quién ha matado a Skinner!

—¿No te correrá más prisa, Roberto, impedir que mi compañero Harrison ofusiga de Alicia?...?—repuso con una feroz sonrisa Brook.—Desclávame la mano, que se me desgarró, y te ayudaré.

Pero Roberto ya no le escuchaba. Acababa de oír una voz que demandaba socorro angustiosamente.

Era la de Alicia. Como un huracán llegó hasta donde se encontraba acorralada por el bandido la hermosa muchacha.

De un soberbio puñetazo a la mandíbula hizo codar por el suelo al granuja, privado de sentido.

Ato seguido Roberto le alzó de pies y manos con la cuerda del lazo que sujetaba a su cinturón traía.

Alicia, toda temblorosa y pálida, acudió a refugiarse en sus brazos.

—¡Vamos adonde está Worth, alma mía!—decidió Roberto.

Al entrar en el aposento vieron que el taluz trataba en vano con los dientes de desclavar el cuchillo





Samuel O'Hara

que mantenía en airavensada mano adherida a la mesa.

—Te ha quedado libre la mano derecha — le dijo Roberto —: con ella has de escribir la primera de toda la confesión de tu crimen.

Le dio su propia estilográfica y una hoja de papel. El bandido, todo aterrado, estampó de su puño y letra que él y Harrison eran los asesinos del usurero, al que mataron

y robaron instantes después de ver Skinner salir por Roberto y Samuel, a los que vieron entrar en la casa del prestamista escondidos detrás de una esquina, a algunos metros de distancia.

Aún no había terminado de escribir su declaración, cuando el *sherif*, seguido de su gente, llamaba a las puertas de la casa de Alicia, en busca del fugitivo Roberto.

Fue cuestión de muy breves momentos el que el digno y severo anciano se hiciera cargo de cuánto había sucedido. Presentó sus excusas a Roberto y a Samuel (que también se había escapado de su prisión tras sostener ruda y brava pelea con su carcelero), y procedió a detener a los dos verdaderos criminales, convictos y confesos, que fueron conducidos a Crestina donde de las oficinas del *sherif* pasaron a la cárcel.

Días más tarde los dos ladrones comparecían ante un tribunal que los condenó a la máxima pena.

Casi al mismo tiempo, Roberto y Alicia, que se amaban tiernamente, unían para siempre sus destinos.

Fue Samuel el padrino de aquella boda, quien decía riendo que nada acordaba tanto como la felicidad y que él, viendo tan supremamente dichosos a Roberto y Alicia, se sentía tan sumamente contento... que se iba a poner de gordo como un tonel.

FIN

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

**EL «VALLE DEL MISTERIO»**

SE PONDRÁ A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

---

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS** - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

---

Talleres gráficos VECCHI. — Recafort, 225. — Barcelona